

SIMÓN PEDRO, EL PRIMERO ENTRE LOS APÓSTOLES

Rafael Aguirre Monasterio

En todas las listas de los apóstoles que encontramos en el Nuevo Testamento el primero es siempre Simón Pedro. Pedro es también el más citado en los evangelios, el más cercano a Jesús y el que hace normalmente de portavoz del grupo. Su memoria se mantuvo muy viva en las comunidades cristianas, por muy diferentes que fueran entre sí. En nuestros días, sin embargo, su memoria y su tradición se han convertido en manzana de discordia. Se la reivindica como ministerio de unidad, probablemente muy de acuerdo con lo que fue el Pedro de la historia, pero de hecho es causa de discrepancias entre los cristianos y obstáculo para la unidad.

En este artículo se presentan los primeros pasos de la tradición petrina, que nos llevan al corazón de la Iglesia primitiva, que nos recuerdan posibilidades olvidadas y que tal vez puedan servirnos para eliminar dificultades que la historia posterior ha ido creando.

1. El Simón Pedro de la historia

a) Durante el ministerio de Jesús

Los evangelios y las cartas del NT tienen una orientación profundamente teológica, pero nos permiten, interpretados con las debidas cautelas, descubrir una serie de rasgos históricos de Pedro, que se pueden ofrecer con un grado alto de probabilidad.

Simón Pedro es uno de los primeros seguidores de Jesús. Oriundo de Betsaida (Jn 1,44), se había trasladado a vivir a Cafarnaún, una localidad mejor para la pesca, actividad a la que se dedicaba. Tuvo un papel descolante entre los discípulos de Jesús, perteneció a su círculo más íntimo, fue testigo de experiencias privilegiadas del Maestro y formó parte del grupo de "los Doce". Su nombre era Simón y Jesús le puso el sobrenombre de "piedra" (*kefas* en arameo, *petros* en griego) por alguna razón concreta que no nos es posible saber con certeza. Es notable que, en el grupo de los Doce, a quienes tienen el mismo nombre se les distinga con un sobrenombre (Simón Pedro y Simón el Celoso; Santiago Boanerges y Santiago el de Alfeo). La interpretación que del sobrenombre da Mateo en 16,18 (piedra sobre la que se edifica la comunidad) es muy discutible que se remonte a Jesús.

Sin duda, los discípulos siguieron a Jesús porque su persona y la predicación del Reino de Dios suscitaron enormes esperanzas en ellos. Hay un momento clave, en el que Simón, como portavoz del grupo, confiesa a Jesús como el Mesías (Mc 8,29 y paralelos; Jn 6,69). Sin embargo, se pone de manifiesto que ellos están pensando en el Mesías según las categorías judías convencionales, que Jesús rechaza tajantemente. Con toda probabilidad, hubo un proceso en la comprensión que Jesús tuvo de su misión, a medida que crecía la oposición de las autoridades y se hacía más plausible su fracaso histórico,

que los discípulos no aceptaron en absoluto. Las cosas están contadas de una forma muy teologizada en los evangelios, pero el intento de Pedro de apartar a Jesús del camino que llevaba a la cruz tiene con toda probabilidad un fondo histórico.

Se entiende así que Simón Pedro y los demás discípulos dejasen solo a Jesús en el momento de su detención. Difícilmente puede ser invención comunitaria el que Pedro negase haber sido discípulo de Jesús.

b) Simón Pedro en la primitiva comunidad cristiana

La tradición oficial afirma que el Resucitado se apareció a Simón Pedro en primer lugar (1 Cor 15,5; Mc 16,7; Lc 24,34), con mucha probabilidad sobreponiéndose a otra tradición más antigua que hacía de las mujeres las primeras testigos de la resurrección.

Sin duda, Simón Pedro tuvo un papel destacado en el reagrupamiento de los discípulos tras la crucifixión. Se erigió en líder del grupo. Su experiencia del Señor Resucitado, inseparable de su vinculación histórica a Jesús, fue decisiva para que el grupo confesase a Jesús como Señor Resucitado y obtuviese una nueva comprensión de sí mismo. Responde a la realidad histórica el protagonismo que los primeros capítulos de los Hechos de los Apóstoles atribuyen a Pedro en la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén. Es su portavoz ante el pueblo y ante las autoridades (2,14; 3,12; 4,8); tiene poderes carismáticos (3,1-9) y disciplinares en el seno de la comunidad (5,1-10). La consideración especial de que gozaba Pedro en la comunidad de Jerusalén se ve en el hecho de que Pablo se entrevistase ante todo con él cuando visitó la ciudad tres años después de su conversión, aunque también se vio con Santiago, el hermano del Señor (Gal 1,18-19).

Pedro, sin embargo, no se quedó en Jerusalén, sino que dejó la ciudad para llevar a cabo una tarea misionera. Según los Hechos de los Apóstoles, recorrió la zona costera de Palestina, que estaba muy helenizada y donde los judíos eran muy minoritarios (9,32-39; 10,1-11,18). En 1 Cor Pablo habla de los desplazamientos misioneros de Pedro acompañado de su mujer (1 Cor 9,5), y de la existencia en Corinto de un grupo que se sentía especialmente vinculado con él (los que dicen "yo soy de Cefas") parece deducirse su paso por esta ciudad griega (1 Cor 1,12).

Cuando Pedro abandona Jerusalén, Santiago, el hermano del Señor, se convierte en líder de la comunidad de esta ciudad. ¿Cómo se explica esto? Sin duda, influyó su parentesco con Jesús, pero también el ser un judío de estricta observancia. Y es que el nacionalismo judío conoció un auge notable en torno al año 40 y la comunidad cristiana de Jerusalén se acomodó a esta situación. De hecho, en el Concilio de Jerusalén, Santiago es citado en primer lugar entre los líderes judeocristianos (Gal 2,9) y su opinión resultó decisiva para zanjar el problema (Hch 15,13-21).

El famoso conflicto que sostuvieron en Antioquía Pedro y Pablo pone de relieve que Pedro era un judeocristiano fiel, pero más abierto que Santiago. Parece que sostuvo una actitud intermedia y de equilibrio entre los judeocristianos de Jerusalén y los paganocristianos paulinos. Así se explica que, al principio, compartiese la mesa sin problemas con los paganocristianos de Antioquía, pero que, cuando llegaron algunos partidarios de Santiago, modificase su postura, cosa que Pablo no aceptó de ninguna manera (Gal 2,11-14). Lo más probable es que se llegase a una solución intermedia inspirada por Pedro: los paganocristianos mantendrían su libertad, pero debían aceptar algunas limitaciones (Hch 15,19-20.28-29) para no herir la sensibilidad de los judeocristianos y hacer así posible compartir la mesa entre ambos sectores.

c) Martirio de Pedro en Roma

La presencia de Pedro en Roma y su martirio en esta ciudad no son explícitamente afirmados antes de la segunda mitad del siglo II. Sin embargo, se trata de datos razonablemente fundados.

En la primera carta de Pedro, escrita desde Roma (5,13), el apóstol se presenta como testigo ("mártir") de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria futura (5,1). Si, como es probable, la carta fue escrita por un discípulo de Pedro unos diez años después de su muerte, nos encontramos un testimonio de su muerte gloriosa, aunque el término "mártir" no tenga aún el sentido técnico que adquirió más tarde.

En el evangelio de Juan encontramos otro eco de la muerte de Pedro. Tras preguntarle si le ama y confiarle sus ovejas, Jesús le dice: "Cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará a donde tu no quieras" (21,18). El mismo evangelista nos da la interpretación de estas palabras tan enigmáticas: "Con esto indicaba la muerte con que iba a glorificar a Dios" (21,19). Quien había sido incapaz de seguir a Jesús en vida (Jn 13,36-38), al final, tras confesar su amor, lo seguirá hasta la muerte.

Escribiendo a los corintios en torno al año 95, Clemente, uno de los líderes de la comunidad de Roma, reúne en un mismo recuerdo a los dos apóstoles mártires: "Pedro, por una envidia injusta, tuvo que soportar muchos sufrimientos... y después de haber dado testimonio marchó al lugar de la gloria que le era debido. Por la envidia y la discordia mostró el galardón de la paciencia" (5,4-5). Según la opinión más común, Pedro habría sido martirizado durante la persecución de Nerón (año 64), que nos es bien conocida por el historiador Tácito. Eusebio de Cesarea (siglo IV) afirma: "Bajo su imperio [el de Nerón] Pablo fue decapitado en la misma Roma y Pedro fue crucificado" (*Historia*

eclesiástica, II, 2, 5). En otro lugar dice que “fue crucificado con la cabeza para abajo, como él mismo había pedido perecer” (HE III, 1, 2).

De especial importancia es el testimonio de un hombre ilustre, Cayo, de finales del siglo II, recogido por el mismo Eusebio, en el que pone de manifiesto la conciencia de la Iglesia de Roma de estar fundada sobre los mártires Pedro y Pablo: “Puedo mostrarte los trofeos de los apóstoles, porque, si quieres ir al Vaticano o al camino de Ostia, encontrarás los trofeos (sepulcros o reliquias) de los que fundaron esta Iglesia”. Las excavaciones arqueológicas realizadas en el Vaticano han confirmado la antigüedad del sepulcro que se venera en la cripta de San Pedro.

2. Pedro en la tradición sinóptica

a) Pedro en el evangelio de Marcos

Papías, en torno al año 70, consideraba a Marcos “intérprete de la tradición de Pedro”. Ciertamente, está claro el papel prominente de Pedro en la tradición narrativa que transmite las palabras y la vida de Jesús. En Mc es el primer llamado, el que con Santiago y Juan es testigo de tres hechos claves de la vida de Jesús (resurrección de la hija de Jairo, transfiguración de Jesús y oración de Getsemaní), el portavoz de los discípulos en varias ocasiones, particularmente en la confesión-incomprensión de Cesarea (8,27-33). No hay duda de que las comunidades en que surgieron los evangelios veneraban su memoria. Sin embargo, es notable que no se idealicen los recuerdos ni exista ningún tipo de “culto a la personalidad”. Pedro, representante de los demás discípulos, no comprende a Jesús (8,32; 9,5-6), le abandona como todos (14,50) y niega reiteradamente haberle conocido.

Gracias a Pedro, que está siempre con Jesús, se nos transmiten fidedignamente sus palabras y sus obras.

Pero Pedro es también representante de una Iglesia inseparable de Jesús que conserva la fe ortodoxa (8,29), pero que no acaba de comprender los valores alternativos del Reino de Dios ni es capaz de seguir al Señor por el camino de la cruz.

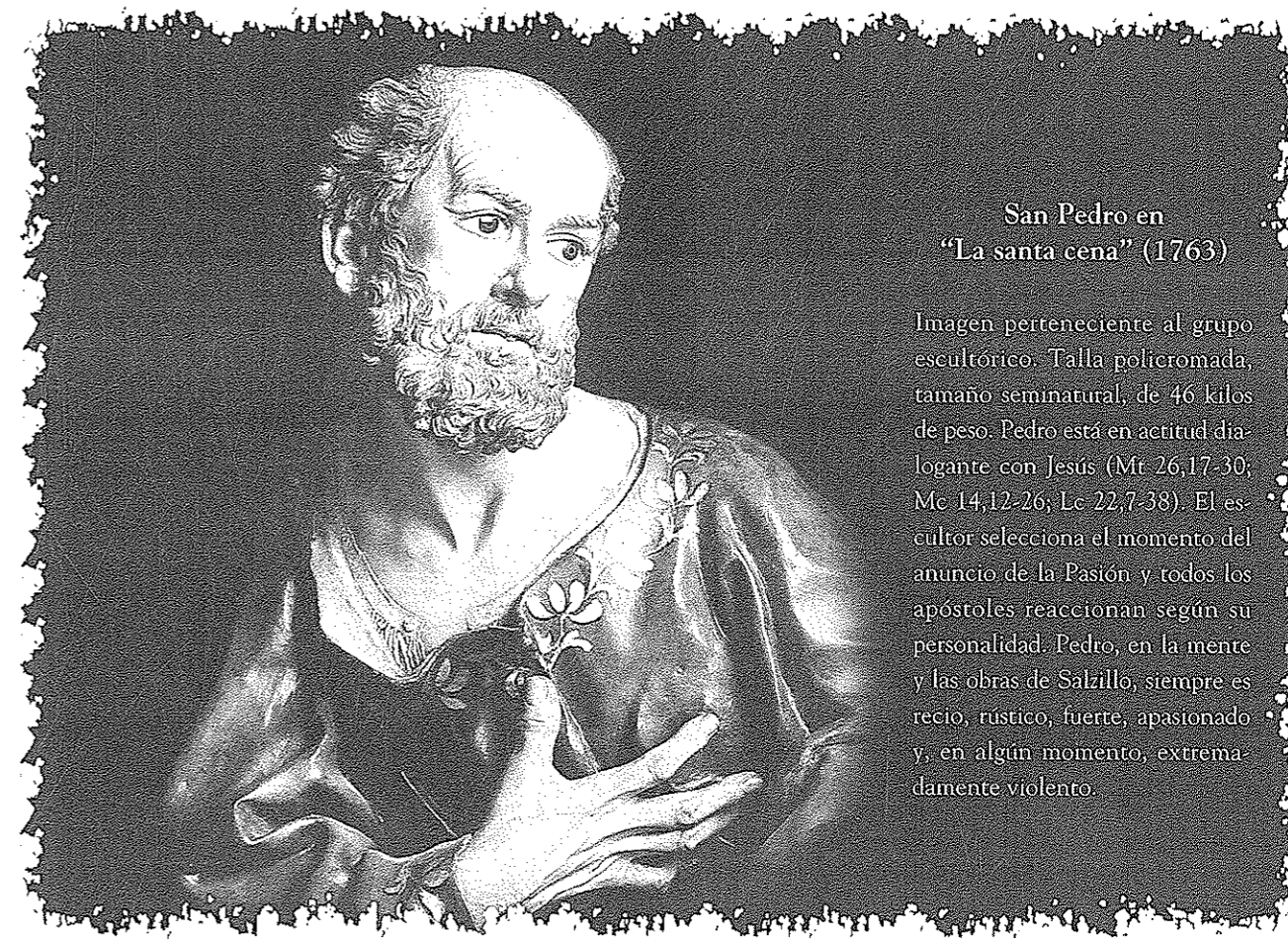
b) Pedro en el evangelio de Mateo

Mateo desarrolla el evangelio de Marcos también en lo que se refiere a la presentación de Pedro. En este evangelio Pedro es, en primer lugar, tipo del discípulo, con su confianza en Jesús, sus titubeos, su necesidad de la ayuda del Señor: todo esto, y mucho más, se refleja en el bellissimo texto, propio de Mt, de 14,22-33, cuya lectura y meditación personal son insustituibles.

Pero, en segundo lugar, Pedro ocupa un puesto clave e irrepitible. Hay una serie de textos propios de Mt en los que Pedro pregunta a Jesús sobre cuestiones candentes para una comunidad judeocristiana, y es él quien recibe la respuesta del Señor y debe transmitirla: sobre las normas de pureza (15,15), sobre el perdón de los pecados (18,21), sobre las relaciones con las instituciones judías (17,24-17). Pero, sobre todo, hay que mencionar el famoso texto de Mt 16,17-19, que ha sido objeto de apasionadas discusiones exegéticas y confesionales. Aquí me limito a una breve referencia, que prescinde del origen de esta tradición y de las controversias ecle-siológicas posteriores. Nos interesa el sentido que tiene en el primer evangelio.

La Iglesia de Mt se considera fundada sobre la doctrina de Jesús, cuya transmisión e interpretación son garantizadas por Pedro. Él es la roca sobre la que está fundada la Iglesia (16,18), porque Jesús le entrega las llaves, de modo que recibe el poder de “atar y desatar” (16,19), es decir, de interpretar legítimamente la doctrina de Jesús. Así se garantizan la unidad y permanencia de la Iglesia contra los enemigos externos y las contradiccio-

nes internas (16,18). La Iglesia de Mt reivindica a Pedro como el garante de sus opciones y de su tradición. Se ha dicho que, para esta comunidad judeocristiana, Pedro es “el rabí supremo”. Probablemente este evangelio procede de Antioquía y está reflejando la autoridad que Pedro alcanzó en aquella ciudad, en la que prevaleció su postura tras el incidente con Pablo. El evangelio de Mt, lo mismo que Pedro, su gran figura, es el representante de un judaísmo flexible, que se abre a la misión universal.



San Pedro en
“La santa cena” (1763)

Imagen perteneciente al grupo escultórico. Talla policromada, tamaño seminatural, de 46 kilos de peso. Pedro está en actitud dialogante con Jesús (Mt 26,17-30; Mc 14,12-26; Lc 22,7-38). El escultor selecciona el momento del anuncio de la Pasión y todos los apóstoles reaccionan según su personalidad. Pedro, en la mente y las obras de Salzillo, siempre es recio, rústico, fuerte, apasionado y, en algún momento, extremadamente violento.

trar que su tipo de cristianismo y su audaz tarea misionera son un desarrollo fiel del movimiento de Jesús.

En el evangelio, la escena de la vocación de Pedro (5,1-11) es muy diferente a la de Mc y Mt. En ella se refiere la llamada al seguimiento, pero se insiste sobre todo en la misión. Pedro será “pescador de hombres” (5,10). Es invitado por Jesús a echar las redes en el mar, pese a que ha estado faenando en vano toda la noche, pero esta vez consigue una pesca asombrosa, que simboliza el éxito de la misión cristiana.

En los Hechos, tras los primeros capítulos, en los que Pedro, como cabeza de los Doce, permanece en Jerusalén anunciando a Jesús como el Resucitado, comienza su ministerio itinerante por la costa helenizada de Palestina (9,32-36). El episodio más importante es el encuentro con Cornelio, el centurión de Cesarea, que se cuenta detalladamente (10-11,18). Con singular maestría literaria y teológica se va describiendo cómo un judeocristiano flexible, Pedro, y un pagano simpatizante del judaísmo, Cornelio (10,1-2), se van acercando movidos por el Espíritu. El episodio suele titularse “conversión de Cornelio y su casa”, pero también podríamos llamarlo “la conversión de Pedro”. En efecto, poco a poco el horizonte mental de Pedro se va abriendo hasta llegar a comprender que no hay alimentos impuros (10,10-16) y que puede entrar en casa de Cornelio y compartir su mesa (10,24-28; 11,3-10). Cornelio y su casa se convierten por la predicación de Pedro y reciben el Espíritu Santo.

Ahora bien, las referencias a Pedro en Hechos no tratan sólo de justificar la misión a los paganos. Lo que está en juego es algo más: una misión que lleva a la formación de comunidades mixtas, en las que judeocristianos y paganocristianos comparten la misma mesa. Pedro, judeocristiano abierto, es el apóstol y misionero que está en el origen del cristianismo culturalmente mestizo de Asia Menor. Sin embargo, hay algo muy notable: Pedro

tiene que dar explicaciones a los judeocristianos de Jerusalén, que no entienden su actitud (11,2).

Los Hechos ponen en boca de Pedro afirmaciones muy paulinas (15,10-11) y reivindican su autoridad para legitimar un tipo de cristianismo extendido por lo que había sido el campo de misión de Pablo. Pero al mismo tiempo presentan un Pablo desprovisto de las aristas más polémicas con el judaísmo. Es muy significativo que Hechos no cuente el incidente de Antioquía (Gal 2,11-14). La obra lucana da una visión idealizada de los orígenes cristianos y reconcilia a Pedro y a Pablo, a la tradición petrina y a la paulina, porque ambas confluyen en sus comunidades.

3. Pedro en la tradición joánica

HABLAMOS ahora de una tradición muy peculiar. Su comunidad se caracteriza por unas relaciones internas intensas y afectivas y por una actitud de rechazo de la sociedad que le rodea. En ella, las palabras de Jesús han sido profundamente teologizadas. Se habla de Pedro más que de ningún otro discípulo, pero, sin embargo, esta tradición se vincula con otra figura, “el Discípulo Amado”, en cuyo testimonio se basa (21,24) y a quien tiene por modelo.

Conserva muchos rasgos de Pedro de la tradición común: su confesión de fe (6,67-69), su entusiasmo faltar de comprensión (13,6-11; 18,10-11), las negaciones de conocer a Jesús (18,15-18.25-27). Es importante Simón Pedro, pero mucho más “el Discípulo Amado”. Es él quien tiene más cercanía a Jesús, y a él debe dirigirse Pedro para llegar al Maestro (13,21-26). Ambos corren juntos al sepulcro, pero “el Discípulo Amado” es quien primero cree (20,8), como también es quien reconoce al Resucitado en primer lugar (21,7).

Particular interés tiene el capítulo 21, probablemente añadido en un momento posterior, quizá con el deseo de realzar la figura de Pedro y hacer así más aceptable este evangelio para la Gran Iglesia. Se presenta la triple afirmación de amor de Pedro por Jesús (21,15-17), que se contraponen a las negaciones anteriores. Y se añaden dos rasgos que suponen una evolución en la presentación de Pedro: recibe el encargo de Jesús de pastorear su rebaño y se le anuncia veladamente su martirio (21,18-19).

4. Pedro en las cartas de Pedro

LAS dos cartas de Pedro del NT son pseudoepigráficas, es decir, no son de Pedro, pero el autor se las atribuye al apóstol para avalarlas con su autoridad. Este procedimiento era una convención social muy extendida en aquel tiempo, que también usan los discípulos de Pablo. Las cartas de Pedro son, en realidad, muy posteriores a su muerte.

La primera presenta a Pedro como apóstol de Jesucristo (1,1) y se dirige a comunidades que viven desperdigadas por regiones de Asia Menor, algunas fundadas por Pablo y otras (las de Ponto y Bitinia) probablemente por grupos de Santiago o de Pedro. Lo que está claro es que proceden del paganismo y son pequeños grupos en medio de una gran sociedad pagana (1,1) que se sienten como desterrados (1,17), extranjeros y forasteros (2,11), porque experimentan, por su fe, la marginación social y, quizá, hasta la persecución (4,12).

La amplitud de los destinatarios de 1 Pe (1,1) refleja la extensión y el prestigio de la tradición petrina a finales del siglo I. Pretende que esas Iglesias reafirmen su identidad, se consuelen con la consideración de los sufrimientos de Cristo (1,11; 2,20-21; 3,14-17; 4,1.13-19; 5,10), a la vez que les invita a ser respetuosos con el orden social establecido, para tapan la boca a quienes les critican (2,12-15; 2,18ss; 3,15-16).

Pedro se presenta como presbítero, como pastor que exhorta a los pastores de las comunidades (5,1) y basa su autoridad sólo en su experiencia de fe: ser testigo de la pasión de Cristo (5,1), con lo que alude no tanto a lo que presenció en el pasado como a lo que él mismo ha sufrido por su Señor. La carta se presenta como escrita desde Roma (5,13) debido probablemente a la importancia que esta Iglesia adquirió y a que en ella se encontraba el origen de la tradición martirial de Pedro.

La segunda carta de Pedro, que procede de mediados del siglo II y es el escrito más reciente del NT, posee sobre todo una intención de tipo doctrinal: combatir fábulas (1,11) y doctrinas falsas (2,3; 3,3-4), probablemente de carácter libertino (2,10-22) y gnóstico. Es sumamente interesante notar que esta carta, en nombre de Pedro, combate doctrinas que, al parecer, se presentan como paulinas o apoyadas en las cartas de Pablo (3,15-16). Pedro es el garante de los recuerdos auténticos (1,12-15) porque ha visto su majestad y ha escuchado la voz del cielo estando con Jesús en el monte (1,16-18). Esta fundamentación de la autoridad de Pedro en la experiencia de la transfiguración es utilizada por algunos escritos apócrifos.

5. Pedro en la tradición primitiva extracanáonica

LA gran importancia que adquirió Pedro en la Iglesia primitiva desborda los límites del canon y se refleja en muchos escritos de muy distintas tendencias.

El judeocristianismo radical reivindica la figura de Pedro, y su testimonio más claro son *Los escritos pseudoclementinos*, que presentan al apóstol como un misionero que impone toda la ley judía y no acepta compartir la mesa con los paganocristianos. Combate a Pablo, “el hombre enemigo”, y venera a Santiago, cabeza de la Iglesia de Jerusalén. Pedro se asienta en Roma y antes de su mar-

tirio transmite su autoridad, basada en Mt 16,18ss, a Clemente, que queda constituido obispo de la ciudad.

La tradición gnóstica, esotérica y elitista, produjo mucha literatura. Muchas obras se legitiman en nombre de otras figuras (Tomás, Felipe, María Magdalena) y combaten a Pedro, a quien tienen como representante de la Gran Iglesia. Pero también hay grupos gnósticos que se apoyan en Pedro. Mencionemos dos obras del siglo III descubiertas en Nag Hammadi, *Hechos de Pedro y de los doce apóstoles* y *Apocalipsis de Pedro*, que también se basan en Mt 16,18ss, interpretado como la concesión a Pedro de un conocimiento superior, y no como el origen de un ministerio eclesial como lo vio la línea que devendría en ortodoxia.

Hubo también una *tradición popular*, no heterodoxa, que buscaba la edificación de los fieles con leyendas populares. Las tradiciones sobre Pedro fueron muchas y muy extendidas geográficamente. Citemos el *Apocalipsis de Pedro* (diferente al de Nag Hammadi), en el que Pedro es depositario de enseñanzas para los tiempos difíciles que esperan a la Iglesia. *El evangelio de Pedro*, de mediados del siglo II, centrado en la pasión y resurrección de Jesús. En Mc y sobre todo en Mt, Pedro era el garante de la tradición, aquí es el autor mismo del texto. Se trata de una obra muy importante, cuya relación con los sinópticos es muy discutida. *Hechos de Pedro*, de finales del siglo II, narra la refundación de la Iglesia de Roma tras su destrucción por Simón Mago y describe el martirio de Pedro tras la escena tan conocida y bella del Quo Vadis?:

“Cuando estaba Pedro a punto de atravesar la puerta de la ciudad, vio a Cristo, que le salía al encuentro. Le adoró y le dijo: ‘¿Señor, dónde vas?’’. Cristo le respondió: ‘Vuelvo a Roma para ser crucificado de nuevo’. Pedro le dijo: ‘Señor, ¿vas a ser crucificado de nuevo?’’. El Señor insistió: ‘Sí, seré crucificado de nuevo’. Pedro replicó: ‘Señor, doy la vuelta para seguirte’. Entonces el Señor se fue al cielo. Pedro le acompañó con la vista y llorando de consolación. Después,

volviendo en sí, comprendió que aquellas palabras se referían a su martirio”.

6. Conclusiones

NINGUNA tradición del cristianismo naciente tuvo una difusión geográfica tan amplia como la petrina: Siria y Antioquía (Mt, evangelio de Pedro), Asia Menor (1 Pe, Hechos de Pedro), Grecia (1 Cor), Alejandría (Apocalipsis de Pedro), Roma (1 Pe, Clemente).

Pedro es presentado desde diversas perspectivas que van evolucionando: discípulo de Jesús, el primer llamado (tradición sinóptica), el primero de los Doce y su portavoz, roca de la Iglesia (Mt), columna de la Iglesia (Gal 2,9), garante de la tradición de Jesús (Mt, Mc), misionero que abre caminos nuevos (Lc, Hch), primer testigo del Resucitado (tradición oficial según 1 Cor 15,5), pastor y presbítero (Jn 21, 1 Pe), mártir (1 Pe, Jn 21, Hechos de Pedro, Clemente).

La tradición petrina se caracteriza por ser flexible y armonizadora de diversidades. Es notable que tanto el judeocristianismo como el gnosticismo en sus expresiones más radicales se apoyen en otras figuras del cristianismo primitivo, y no en Pedro. Probablemente, el mismo Pedro de la historia mantuvo ya una postura de mediación y comunión entre Pablo y Santiago.

La tradición petrina no sólo se caracteriza por su capacidad de integración, sino también por la de convivir con otras tradiciones cristianas. El mejor ejemplo está en la reconciliación de la tradición petrina con la paulina en Roma, cuya Iglesia se considera fundada inseparablemente sobre ambas. Lo que hoy entendemos por “ministerio de Pedro” tiene en la capacidad de comunión e integración de la primitiva tradición petrina el mejor acicate para configurarse de modo que sirva a la catolicidad de la Iglesia una y plural al mismo tiempo.